

## EL VIRREY PEZUELA. UN PERSONAJE CLAVE EN EL PROCESO DE EMANCIPACIÓN DEL VIRREINATO DEL PERÚ

José SEMPRÚN BULLÓN

### *RESUMEN*

Desde el inicio de las revoluciones independentistas en el continente sudamericano y durante sus principales fases, hasta bien entrada la década de los 20, la lucha entre realistas e insurgentes reviste el carácter de una campaña entre Lima y Buenos Aires. Las fuerzas realistas dirigidas a nivel estratégico por los virreyes Abascal y Pezuela enfrentan a las rioplatenses en una sucesión de acciones bélicas en el Alto Perú, (hoy República de Bolivia) de suerte alterna; hasta que la nueva operación dirigida por el caudillo insurgente San Martín sobre Chile y su posterior expedición al Perú dará a la contienda un nuevo planteamiento estratégico.

Las más importantes campañas en el Alto Perú son dirigidas por el brigadier Pezuela y, muy probablemente, los repetidos éxitos obtenidos serán una de las principales razones para su designación en el puesto de virrey, que desempeñará hasta los meses siguientes a la expedición de San Martín al virreinato peruano, en que es destituido por sus oficiales.

*PALABRAS CLAVE:* Alto Perú, Abascal, Pezuela, Belgrano, Goyeneche, Tucumán, Ejército de línea, Vilcapugio, Ayohuma, Viluma, San Martín, Cochrane, republiquetas, campaña naval en el Pacífico, Revolución española de 1820, expedición de San Martín al Perú, Aznapuquio.

*ABSTRACT*

From the beginning of the independence revolutions on the South American continent and during their main phases, until well into the 1820s, the struggle between royalists and insurgents took on the character of a campaign between Lima and Buenos Aires. The royalist forces directed at a strategic level by the viceroys Abascal and Pezuela confront the Rioplatenses in a succession of military actions in Upper Peru, (today the Republic of Bolivia) with an alternate luck; until the new operation directed by the insurgent leader San Martín on Chile and his subsequent expedition to Peru will give the fight a new strategic approach.

The most important campaigns in Upper Peru are led by Brigadier Pezuela and, most likely, the repeated successes obtained will be one of the main reasons for his appointment to the post of Viceroy, which he will carry out until the months following the San Martín expedition. to the Peruvian Viceroyalty, when he is in which he is deposed by his officers.

*KEY WORDS:* Alto Perú, Abascal, Pezuela, Belgrano, Goyeneche, Tucumán, Army of the line, Vilcapugio, Ayohuma, Viluma, San Martín, Cochrane, republicuetas, naval campaign in the Pacific, Spanish Revolution of 1820, San Martín expedition of to Peru, Aznapuquio.

\* \* \* \* \*

*LA CARRERA DEL VIRREY**Las campañas del brigadier Pezuela en el Alto Perú*

La situación estratégica producida por el inicio de la insurrección independentista americana convierte al Alto Perú<sup>1</sup>, durante los primeros años de la contienda, en el mas importante teatro de operaciones de la América Meridional, entre las fuerzas del virrey de Lima y las insurgentes de Buenos Aires.

No nos detendremos en las etapas iniciales del conflicto: la revolución en la metrópoli porteña, rápidamente secundada en casi todo el resto del Río

<sup>1</sup> Tras la independencia, en 1825, república de Bolivia. En 1809, como audiencia de Chuquisaca, pertenecía al virreinato de Buenos Aires, pero ser anexionado de hecho al Perú por Abascal tras la reducción del movimiento revolucionario en octubre de ese año.

de la Plata, y poco después en Chile, mientras el Perú del virrey Abascal<sup>2</sup> se alza como el bastión realista en el área, y sus fuerzas se aprestan a la represión de la insurrección en los territorios próximos; la primera expedición bonaerense, que derrota al ex virrey Liniers en Córdoba, y seguidamente a los jefes de las reducidas fuerzas realistas del Alto Perú, Córdoba y Nieto, en la acción de Suipacha –todos los cuales, con otras autoridades españolas, son pasados por las armas–, apoderándose fácilmente del territorio. A su vez reconquistado por las fuerzas virreinales peruanas del brigadier Goyeneche<sup>3</sup> tras su victoria en la batalla de Guaqui<sup>4</sup>. Abascal, antes reacio a prolongar la campaña mas allá de los límites del Altiplano, autoriza que los contingentes de vanguardia mandados por el brigadier Tristán invadan las Provincias Unidas, marchando sobre Tucumán y Mendoza. Incluso se considera una operación para, ocupados esos territorios, cruzar los Andes y someter a los insurrectos chilenos<sup>5</sup>.

El nuevo caudillo insurgente, general Belgrano –ex jefe de la fracasada expedición al Paraguay– que se ha hecho cargo del mando en mayo de 1812 en Jujuy, se repliega a Tucumán, mientras uno de sus contingentes obtiene un éxito, protegiendo la retirada, en Las Piedras. Poco después una insurrección en Cochabamba exige la presencia del cuerpo principal del ejército de Goyeneche, que no puede por ello reforzar a sus fuerzas de vanguardia, a las que Belgrano derrota en Tucumán en noviembre de 1812, y en Salta en febrero siguiente<sup>6</sup>.

<sup>2</sup> José Abascal, 1743-1821. Participa en la expedición a Argel en 1775 y, tras desempeñar el gobierno de diversos territorios en la América española, es designado en 1806 virrey del Perú, donde lleva a cabo una eficaz labor de gobierno. Reprime los primeros alzamientos en Quito y el Alto Perú; el año siguiente se reproduce el movimiento revolucionario, ahora con mucha mayor gravedad –el Perú queda prácticamente como único territorio realista de importancia en la América Meridional– y el virrey asume la dirección estratégica de las campañas, hasta su cese en 1816.

<sup>3</sup> José Manuel de Goyeneche, 1776-1847. Natural de Arequipa, enviado al Perú por la Junta Central, dirige la campaña contra los insurrectos del Alto Perú y en 1810 contra la primera expedición bonaerense a ese territorio. Tras su sustitución en el mando del ejército de campaña regresa a la Península donde formará parte de la Junta Militar de Indias que dirige la estrategia en relación con el conflicto independentista.

<sup>4</sup> Sobre las campañas en el Alto Perú y el área septentrional de las Provincias Unidas antes de la asunción del mando por Pezuela, ver entre otros F. Díaz Venteo, *Campañas del virrey Abascal*. Sevilla, 1948. L. Herreros de Tejada, *El teniente general José Manuel de Goyeneche*. Barcelona 1923.

<sup>5</sup> Sobre la táctica empleada por las fuerzas regulares v. ente otros J. Semprún, *El ejército realista en la independencia americana*. Madrid 1992, pp. 26 sigs.

<sup>6</sup> En estas etapas fuerzas de Lima sostienen la campaña contra la segunda insurrección de Quito, que no es sofocada hasta noviembre de 1812. Posteriormente combaten ya en territorio del virreinato de Nueva Granada, reforzando a los realistas de Pasto contra los revolucionarios de Santa Fe, hasta que al inicio de la etapa siguiente la expedición de Morillo domine la totalidad del territorio en poder de los insurgentes.



*Jose Manuel de Goyeneche, obra de Federico Madrazo*



Acción del Tucumán. ARG-08-03 (Tucumán)

Goyeneche se deja dominar por el derrotismo, –a pesar de que cuenta todavía con efectivos importantes, unos 4.000 hombres– y establece un armisticio con el jefe insurgente, enseguida recusado por el virrey. Ello y las peticiones –poco sinceras– en ese sentido del propio jefe del ejército de campaña motivan su sustitución<sup>7</sup> por el en ese momento inspector general de artillería de las fuerzas virreinales, el brigadier Pezuela<sup>8</sup>. No sin que con esta causa se produzca algún incidente con las tropas originarias del Perú, mas identificados con un jefe americano.

Pezuela toma el mando en Anacato en agosto de 1813, donde llega, vía Arica, acompañado de algunos refuerzos: trescientos hombres del Regimiento Real de Lima, artillería, dragones y algunas fuerzas de la guarnición del Desaguadero<sup>9</sup>. El ejército se encuentra bastante mermado por las bajas originadas por las recientes derrotas de los contingentes de vanguardia; aunque ya figuran en él varias unidades de las nuevas fuerzas de línea que Abascal organiza para sustituir progresivamente a las que sostienen la campaña desde sus momentos iniciales en 1809<sup>10</sup>, casi todas de milicias, a excepción del mencionado Real de Lima.

Los insurgentes, que continúan al mando del general Belgrano, reciben refuerzos formados por contingentes antes utilizados en la campaña del Paraguay e incluso contra la plaza de Montevideo, tras la efímera tregua establecida con sus mandos realistas en octubre de 1811, y en abril de 1813 invaden por segunda vez el Alto Perú, avanzando rápidamente en el territorio, ocupando Potos en junio y aproximándose a Oruro.

Las fuerzas realistas, alejadas de sus fuentes de suministros, con –proporcionalmente– muy escasa caballería y malas cabalgaduras, y sobre todo con una moral en visible descenso, se retiran. Se encuentran además en un país donde nuevamente prende la insurrección o amenaza con hacerlo ante el primer fracaso serio que experimenten. Ahora, incluso, y por primera vez desde el inicio de la contienda independentista, en las provincias del Sur del Perú.

<sup>7</sup> La sustitución de Goyeneche en Díaz Venteo, op. cit., p. 295.

<sup>8</sup> Joaquín de la Pezuela 1761-1830. En 1805 pasa al Perú como subinspector general de artillería. Tras asumir el puesto de virrey además de ordenar diversas ofensivas sobre el Tucumán, organiza la expedición para la reconquista de Chile, vencida en la batalla de Maipú. Tras ello debe atender casi exclusivamente a la defensa de su virreinato, y poco después del desembarco de la Expedición Libertadora de San Martín, es destituido por sus oficiales que le acusan de pasividad.

<sup>9</sup> Ver. «Memoria militar de Pezuela», en *Revista histórica del Perú*, vol. XXI, Lima, 1954, pp. 164 y sigs.; el inventario de las fuerzas en agosto de 1813 en pp. 179-182.

<sup>10</sup> Las fuerzas del ejército virreinal son casi todas de milicia, que combaten inicialmente contra otras formaciones de ese nivel cualitativo. Al prolongarse el conflicto Abascal inicia la organización de unas fuerzas análogas a las veteranas; los dos regimientos de línea o del Cuzco, los batallones del Centro, de partidarios, cazadores, Fernando VII, unidades de caballería de la Unión, de cazadores y partidarios...

Así pues a finales de septiembre de 1813 su situación dista de ser halagüeña. Entre las diversas posibilidades a su alcance Pezuela se ve virtualmente en la necesidad de poner en práctica una de las más arriesgadas: buscar la batalla con sus adversarios, aun en la inferioridad de condiciones en que se encuentra. El grueso de su ejército se encuentra en esos momentos en Condo-Condo, a unos treinta kilómetros del insurgente de Belgrano, acampado en la pampa de Vilcapugio en espera de refuerzos, entre otros los que le van a aportar las formaciones indígenas acaudilladas por Zelaya, levantadas en Cochabamba, y el brigadier indio Cárdenas. Entre los ejércitos adversarios la abrupta sierra de Condo-Condo ofrece a ambos una relativa seguridad, que pronto se revelará engañosa.

Pezuela actúa con decisión: destaca al comandante salteño Castro con un escuadrón de caballería y dos compañías de infantería para dificultar los movimientos enemigos en la zona de Anacato y atacar a la «indiada» de Cárdenas; dándole instrucciones de presentarse en Vilcapugio el siguiente día 1 en que se propone librar la batalla con Belgrano. Al mismo tiempo dispone la realización por varios de sus oficiales de ingenieros de un reconocimiento de la practicabilidad de los caminos y senderos en la sierra. El 28 de septiembre su ejército se pone en marcha y en dos días cubre por el abrupto terreno la distancia que le separa de su adversario. No sin dificultades; los capataces y el personal indígena adscrito al transporte de la artillería desertan en gran parte y los realistas se ven en la precisión de abandonar seis de las piezas de mayor calibre<sup>11</sup>.

Entretanto Castro ha sorprendido al contingente irregular enemigo, muy superior en número a su pequeña fuerza, y tras infligirle fuertes pérdidas, se dirige al encuentro del grueso de su ejército.

Como preveía Pezuela, a primeras horas de la madrugada del 1 de octubre sus fuerzas alcanzan las alturas de Condo-Condo e inician el descenso de las estribaciones de la sierra, logrando en los primeros momentos de su aparición sorprender al enemigo; su jefe no da crédito a las noticias que recibe acerca de la aproximación de los realistas, hasta que estos alcanzan la llanura. Ahora Belgrano ordena la formación en batalla de sus fuerzas, pero ha perdido un tiempo precioso para atacar a las adversarias antes de que estas puedan desplegar adecuadamente, en lo que hubiera sido un precedente de lo que ocurrirá en Ayacucho once años después.

Forman el ejército insurgente unos 3.700 hombres; en esos momentos iniciales su moral es excelente. A su retaguardia, sobre algunas elevaciones del terreno, se sitúan nutridos contingentes de indios de la región, sin armas de fuego, y que no llegarán a tomar parte alguna en la batalla.

---

<sup>11</sup> Pezuela op.cit., p. 187.

La caballería, el regimiento de Dragones de la Patria, es netamente superior, tanto cuantitativa como cualitativamente, a la realista, aunque muchos de sus componentes montan mulas; dividida en dos contingentes, se sitúa en ambos flancos; la artillería, cuenta con catorce piezas, repartidas en toda la línea. En primera línea forman de izquierda a derecha el regimiento 8, con un batallón, el batallón de Castas, o de Pardos y Morenos, y los dos batallones del regimiento 6 mandados por los comandantes Araoz y Forest, éste probablemente el más capacitado de los jefes bonaerenses, que será gravemente herido en las primeras fases de la batalla; y a su derecha el batallón de Cazadores, mandado, en ausencia de su jefe titular Dorrego, por el sargento mayor Echevarría. En reserva, en la inmediata retaguardia del ala izquierda, el primer regimiento de infantería, con un batallón.

Ya en la llanura los batallones de Pezuela adoptan una formación en columnas, iniciando un decidido avance con objeto de cortar a las fuerzas enemigas el camino a Potosí; al frente las banderas desplegadas; tambores y trompetas tocan la Marcha Granadera. A una distancia de un tiro de fusil de las fuerzas de Buenos Aires cambian su formación, desplegando en líneas; mientras se emplazan las doce piezas de artillería todavía disponibles<sup>12</sup>.

Numéricamente las fuerzas adversarias están bastante igualadas. En las realistas figuran en estos momentos unos 3.800 hombres; la infantería despliega de izquierda a derecha los batallones de Pardos y Morenos, el de Partidarios, los de la milicia peruana de Azangaro y Lombera, y el primer regimiento del Cuzco del coronel Picoaga; y en el extremo derecho el batallón de Cazadores, mandado por Olañeta.

La caballería, como sabemos está formada por contingentes en muy corto número y de limitada calidad operativa. Son –además de un escuadrón desmontado situado a la izquierda del batallón de Azangaro– el de cazadores que manda Marquiegui, un piquete de dragones de La Paz, y la escolta del comandante en jefe, todos ellos situados en la extrema izquierda, y un escuadrón de dragones de Lima, en el ala derecha<sup>13</sup>.

Tras un intercambio de fuego artillero, la infantería de Buenos Aires carga a la bayoneta en toda la línea. Frente a la derecha realista el regimiento N° 8 avanza de forma resuelta, pero las unidades de Olañeta y Picoaga resisten valerosamente y le hacen retroceder, aunque conserva todavía su formación. En el sector opuesto el batallón de Cazadores llega al combate cuerpo a cuerpo con el de Partidarios, que lleva la peor parte, y experimenta cuantiosas bajas, entre ellas su jefe, el comandante La Hera, y tres de sus

<sup>12</sup> Plano de la batalla, en SHM, Cartoteca 13624; también en M. Torrente Historia de la revolución hispanoamericana. Madrid, 1829, vol. I, p. 356.

<sup>13</sup> B. Mitre, *Historia de Belgrano*. Buenos Aires, 1945, pp. 349 y sigs.



capitanes. El ala izquierda realista se repliega en desorden, y los insurgentes se apoderan de tres piezas de artillería. El centro, que manda el coronel Lombera, atacado por el batallón de Castas y los dos del regimiento N° 6, y que ha quedado al descubierto en su flanco por el precipitado repliegue de aquellas unidades, también se retira, arrastrando a la reserva situada tras él.

La caballería bonaerense, dispersa a un contingente de la enemiga que trata de interceptarla, y se emplea eficazmente, cargando contra los fugitivos. Pezuela, que trata en persona de reorganizar sus fuerzas, es arrastrado por éstas, que no tardan en alcanzar las primeras estribaciones de la sierra.

En el sector izquierdo, el comandante de la unidad rioplatense se pone nuevamente a su cabeza para llevarla al ataque, pero cae mortalmente herido; la lucha contra las de Picoaga y Olañeta es dura; mientras caen los tres oficiales que sucesivamente sustituyen al jefe insurgente sus fuerzas pierden rápidamente moral y organización.

En estos momentos, alrededor de las once y media de la mañana, va a tener lugar un acontecimiento decisivo. Hace su aparición en el flanco izquierdo de las fuerzas realistas el escuadrón del comandante Castro, que inmediatamente se incorpora a la acción, cargando decididamente sobre las fuerzas enemigas de ese sector; sin encontrar oposición de la caballería, empleada en la persecución de los desorganizados realistas. Ante la situación que amenaza producirse, se toca llamada<sup>14</sup> en el batallón bonaerense de Cazadores; la orden es repetida por varias de las unidades de la línea de vanguardia, que entienden es la consigna ante el ataque de la caballería enemiga. El pánico cunde en las filas insurgentes, que aumenta por el espectáculo de la derrota de su ala izquierda. Sus fuerzas rompen el contacto con las adversarias e inician una precipitada retirada, lo que ofrece la ocasión a Pezuela de comenzar a reorganizar a las suyas del ala izquierda y el centro.

No solo evoluciona la situación desfavorablemente para los insurrectos en este sector del campo de batalla; también en su ala izquierda se ha producido un serio contratiempo: el primer regimiento, en reserva, avanza para relevar al octavo. Sin embargo los contingentes de este, todavía situados ante los enemigos le impiden hacer fuego sobre estos; y enseguida los de ambas unidades insurgentes se confunden. Todos ellos desmoralizados, se repliegan en creciente desorden. Abandonan sus piezas de artillería, y tras perder toda organización se retiran hacia algunas elevaciones del terreno a su retaguardia. La batalla está ahora prácticamente decidida en toda la línea a favor del bando realista.

<sup>14</sup> Como cabe imaginar, ninguno de los mandos argentinos quiso asumir la responsabilidad de una orden de consecuencias tan infortunadas. Parece claro que se debió al sargento mayor del batallón de cazadores.

La caballería de Castro carga repetidas veces contra los fugitivos, ahora en la mayor confusión; aunque debido al desarrollo de las primeras fases del encuentro la mayor parte de las fuerzas realistas se encuentra todavía en desorden, y solamente un corto número de sus componentes conserven la cohesión, seguramente no mas de quinientos. Ello impide a Picoaga lanzar un ataque sobre las fuerzas enemigas en retirada, que sin duda obtendría resultados definitivos. Aunque el bando realista dispone de una cuantiosa artillería, incluida la adversaria, capturada en su totalidad. Por su parte, Belgrano ha intentado organizar una última resistencia en una elevación del terreno en torno a sus banderas, donde reúne no mas de doscientos combatientes; con ellos intenta llevar a cabo dos sucesivos contraataques, pero sus fuerzas no logran avanzar mas allá de la base del cerro. El fuego de la artillería le hace renunciar a proseguir la lucha; los insurgentes abandonan el campo de batalla retirándose en dos direcciones distintas, hacia Potosí y La Plata.

Quedan pues los realistas dueños del campo, las pérdidas adversarias ascienden al menos a millar y medio entre muertos y los numerosos prisioneros<sup>15</sup>, toda la artillería, bagajes, banderas. Por su parte, las fuerzas virreinales han tenido unas quinientas bajas; entre ellas siete oficiales muertos.

La derrota de Vilcapugio ha podido ser definitiva en la campaña. Además en esos días se conoce en el teatro de operaciones la llegada de importantes refuerzos formados por tropas peninsulares a Montevideo. Sin embargo, Belgrano no puede permitirse la retirada del Alto Perú ya que ello supondría la desertión masiva de los contingentes reclutados en ese territorio; sigue además gozando de una gran superioridad en caballería, casi el doble de la realista.

Tras el importante éxito obtenido, Pezuela que emplea unas semanas para reorganizar sus fuerzas y reunir medios de transporte, avanza a partir del 24 de octubre sobre Potosí, donde se encuentra Belgrano. Que por su parte reinicia el avance hacia el norte; el 9 de noviembre llega a la pampa de Ayohuma, y resuelve aceptar la batalla, sin esperar los refuerzos que se le envían, entre ellos un nuevo tren de artillería. El 13 los realistas alcanzan la sierra de Taquirí desde la que dominan la llanura en que se encuentra la fuerza adversaria.

Nuevamente se produce una situación análoga a la que se desarrolló en los momentos previos a la acción de Vilcapugio: los realistas descenden en la madrugada del 14 la escarpada sierra, superando las dificultades que presenta el terreno, por el que solo pueden transportar desmontadas las

<sup>15</sup> Días después las fuerzas bonaerenses fusilaron a dos prisioneros realistas acusados de continuar la lucha violando la capitulación de Salta, lo que está a punto de originar que los prisioneros de su ejército fueran pasados a cuchillo.



piezas de artillería, a lomo de mulos, e incluso de llamas<sup>16</sup>. Mientras, las insurgentes oyen una misa de campaña y permanecen pasivamente en sus posiciones en el llano, sin maniobrar contra sus adversarios oportunamente, lo que acaso hubiera podido compensar su actual inferioridad. Esta es ahora mucho mas acusada, numérica y sobre todo moralmente, tras la grave derrota a principios del mes anterior y la retirada subsiguiente.

Las fuerzas bonaerenses toman posiciones orientadas hacia donde esperan el avance realista, protegidas por un cerro y un barranco alargado a su derecha, y una elevación del terreno a su izquierda. Su orden de batalla es el siguiente: en el ala derecha la caballería de Buenos Aires, tres compañías de dragones, mandada por el coronel Balcarce; a continuación el batallón de cazadores y uno del 6 regimiento de infantería, el de Castas, cuyo jefe Superior caerá en la acción, y el primer regimiento de infantería. En el ala izquierda se sitúa la caballería irregular de Cochabamba.

Los efectivos totales son unos 3.400 hombres, aunque los realmente dignos de contabilizarse como combatientes son bastantes menos; una buena proporción está formada por reclutas de reciente incorporación o de tan escasa moral que un oficial bonaerense los define como «bultos que no podían servir sino de estorbo».

Tras completar el descenso de sus fuerzas a la pampa Pezuela lleva a cabo una maniobra que puede calificarse de brillante, sobre el flanco derecho enemigo. El avance de los realistas, que amenaza desbordar su dispositivo, obliga a Belgrano a modificarlo, ocupando una nueva posición, mucho menos favorable. El regimiento de dragones, que ahora no tiene espacio para maniobrar pasa a retaguardia, continuando en el sector derecho; aunque a todas luces su acción sería mucho mas eficaz en el contrario. Ahora, el barranco se extiende entre ambos ejércitos, y va a resultar especialmente perjudicial para las fuerzas de Buenos Aires. Además, el precipitado cambio de posiciones incide sobre la moral de la tropa, ya de por sí baja en muchos de sus componentes.

Una vez ante las fuerzas enemigas el contingente realista adopta un orden de batalla análogo al de Vilcapugio: en el ala derecha, mandada por el brigadier Ramírez forman el escuadrón de cazadores, el primer regimiento del Cuzco, el batallón de cazadores y cuatro piezas de artillería. En el centro, el batallón de Pardos y Morenos de Lima, un escuadrón desmontado y otros cuatro cañones. En el ala izquierda, mandada por el brigadier Tacón forman el segundo regimiento del Cuzco, recién incorporado al ejército de operaciones, el batallón de partidarios, el escuadrón de Castro, y otras cuatro piezas.

---

<sup>16</sup> Animal que, entre otros inconvenientes, presenta el que, si por cualquier causa se niega a proseguir la marcha, no existe forma humana de obligarle a hacerlo.

La reserva está formada por dos escuadrones pie a tierra, un cuerpo en el que figuran elementos escogidos de todas las unidades de infantería, y seis cañones. Al iniciarse la primera fase de la acción el batallón de cazadores realista avanza para ocupar una elevación del terreno en la derecha de las fuerzas enemigas, lo que logra sin encontrar resistencia y sin que Belgrano intente desalojarlos.

Una vez en la nueva posición el orden de batalla insurgente lo forman de derecha a izquierda el batallón de cazadores, el de Castas, los regimientos 6 y 1, y en el extremo izquierdo la caballería de Cochabamba, del brigadier Zelaya. La artillería se sitúa en una pequeña elevación del terreno entre los batallones 1º y 6º. En reserva, dos compañías de caballería y tres de infantería, todas inferiores en disciplina y armamento.

La artillería realista, dieciocho piezas de 4 y 6, goza de una neta superioridad sobre la de los insurgentes, con solo ocho piezas ligeras de 1 y 2, de corto alcance. La acción de este arma va a ser determinante en el resultado del encuentro, hasta el punto de que para el general argentino Paz hubiera podido ser por sí sola decisiva, al actuar casi sin respuesta de la bonaerense. Sin embargo, las fuerzas realistas tienen una cantidad limitada de municiones. A las diez de la mañana da comienzo su acción, que se prolonga durante media hora, en la que las fuerzas insurgentes resisten valerosamente el bombardeo.

El plan de batalla de Belgrano ha quedado completamente trastocado, sin que este jefe sepa implementar una alternativa adecuada. A pesar de ello no pierde combatividad y, tan pronto remite el fuego artillero, ordena un avance general sobre las formaciones adversarias. El contingente de caballería de Zelaya carga con decisión sobre su flanco derecho. La infantería también avanza, pero sus unidades pierden en gran parte la formación al cruzar el barranco, y el fuego de los realistas que ocupan el cerro a su derecha termina de desordenarlas. Por su parte la caballería de Cochabamba es diezmada por el fuego de dos batallones de infantería y la metralla de una batería de artillería que Pezuela ha situado en ese sector para reforzar a sus débiles fuerzas montadas.

La batalla está prácticamente decidida, en un relativamente corto espacio de tiempo. Las fuerzas del ala izquierda realista marchan decididamente sobre los dispersos, a los que el barranco no permite rehacer la formación ni retirarse con rapidez, y muy probablemente allí hubiera visto su fin la infantería rioplatense, si Zelaya no hubiera cargado nuevamente; también los dragones se trasladan por fin a este flanco y cooperan en la acción<sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> Pezuela: op. cit., p. 195.

Belgrano, si no se ha distinguido como táctico, muestra su peculiar presencia de ánimo ante la adversidad. Situado en una elevación del terreno ordena tocar llamada; aunque solo se le reúnen 400 combatientes de infantería y 80 de caballería, mientras el resto de los supervivientes se retiran en la mayor confusión. Ante la prosecución del avance realista destaca para cubrir la retirada de sus fuerzas a los combatientes de la caballería de Cochabamba que le quedan; lo que realizan echando pie a tierra en el cauce de un arroyo, y con el fuego de sus tercerolas resisten hasta la caída de la tarde en que puede efectuarse la retirada de las fuerzas insurgentes. Las bajas de estas ascienden a más de doscientos muertos, otros tantos heridos, que en su mayor parte quedan en poder de los realistas, y quinientos prisioneros.

Las pérdidas de los realistas fueron muy inferiores aunque en cualquier caso significativas; Mitre las evalúa en cerca de quinientas, que, dadas las circunstancias, se podrían considerar proporcionalmente superiores a las de Vilcapugio. Aunque con toda seguridad fueron mucho menos cuantiosas; según Pezuela, dos oficiales y doce soldados muertos, y ocho oficiales y unos cien soldados heridos.

Pezuela atribuye sus victorias a la ineptitud de los jefes insurgentes como Belgrano o Díaz Vélez; en cambio «las tropas bonaerenses se comportan en el campo de batalla como si fueran francesas». El general argentino Paz no discrepa de estos juicios, aunque para él Belgrano es en esos momentos el mejor jefe militar de Buenos Aires.

Los vencedores persiguen activamente a sus adversarios y ocupan enseguida Potosí, abandonada por estos tras saquear la Casa de Moneda. Realmente la persecución es innecesaria; el ejército bonaerense está prácticamente aniquilado como fuerza operativa. Belgrano renuncia a proseguir la campaña retirándose hacia las Provincias Unidas, sin detenerse hasta Tucumán, donde a finales de enero siguiente entrega el mando de los escasos restos de su ejército al coronel San Martín, que llega con algunos refuerzos.

La derrota de Ayohuma supone el fracaso definitivo de la segunda expedición bonaerense al Alto Perú, y permite una nueva invasión por los realistas del norte de las Provincias Unidas. A finales de mayo ocupan Jujuy y poco después Salta; el cuerpo de vanguardia avanza ya sobre Tucumán. El –ambicioso– plan de operaciones es proseguir la marcha sobre Córdoba y Buenos Aires, en coordinación con las fuerzas de Montevideo.

Las operativas de Pezuela son unos 4.000 hombres<sup>18</sup>, formadas por los dos regimientos del Cuzco, los batallones de cazadores y partidarios, y

<sup>18</sup> Para las fuerzas de Pezuela en 1814, ver Guemes documentado, vol. II pp. 204-206, declaración de un ex prisionero bonaerense; y 219 sigs. oficios y comunicaciones de Pezuela.



***Manuel Belgrano, obra de Andrea Bacle. Museo Cornelio Saavedra de Buenos Aires***





*José de San Martín*



una nutrida dotación artillera, unas veinticinco piezas. La calidad de la tropa es desigual, y en ella figuran tanto contingentes veteranos de las fuerzas virreinales como mas de medio millar de reclutas hechos sobre la marcha en el teatro de operaciones; incluso bastantes miembros del ejército insurgente derrotado.

En la invasión del (hoy) norte argentino se van a encontrar con todo tipo de dificultades: la actividad de la caballería irregular enemiga, formada sobre todo por gauchos que manda el general salteño Guemes; lo que aumenta las dificultades logísticas, ya bastante acusadas por la lejanía de sus mas importantes bases de retaguardia; y a su vez todo ello se traduce en un elevado número de desertores, pronto varios centenares. Entretanto San Martín, en la retaguardia de la zona defendida por Guemes, se aplica a la organización de un nuevo ejército.

Seguramente aún mas importante en la situación estratégica en esa zona es la decisión del virrey de dar prioridad durante los meses siguientes a la campaña final contra la insurrección chilena, ya combatida eficazmente por una expedición realista desde principios del año anterior, inicialmente con muy pocas fuerzas, casi todas levantadas en la propia Capitanía general.

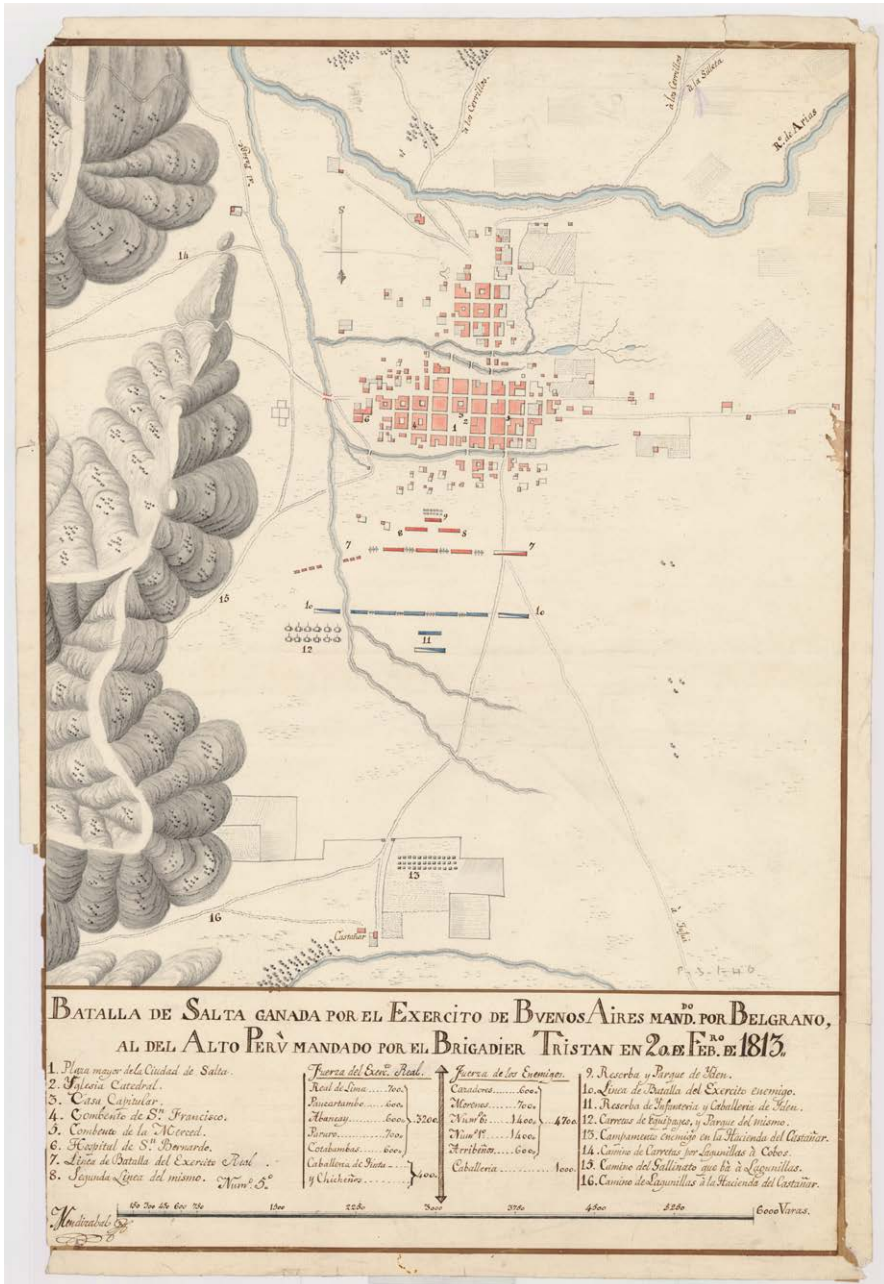
En el otro frente que permanece abierto, los insurgentes obtienen un éxito importante —en cierto modo decisivo—, la capitulación de Montevideo el 20 de junio, que les proporciona cuantiosos refuerzos formados por unidades que han tomado parte en esa campaña; incluyendo gran parte de la guarnición realista de la plaza, aquí, a diferencia de casi todas las demás zonas del continente con una elevada proporción de peninsulares. Y que, violando la capitulación, son alistados en las filas enemigas con carácter forzoso. Aunque naturalmente ello no va a dejar de plantear a los mandos insurgentes todo tipo de dificultades, ya que no tardan en protagonizar sucesivos motines y una deserción generalizada<sup>19</sup>.

Por otra parte se va a concretar la insurrección en la retaguardia realista que se anunciaba en los últimos meses del 1813, y que estalla ahora, encontrando su ocasión en la disolución de las Cortes en España, y la restauración del absolutismo, así como en la capitulación del mencionado bastión realista en el Río de la Plata.

La insurrección tiene esta vez, excepcionalmente, su centro en territorio peruano, en el Cuzco<sup>20</sup>; mientras en el propio ejército de operaciones

<sup>19</sup> Además pronto tendrá un efecto acelerador de la crisis interna del ex virreinato del Río de la Plata, al originar el pase a la disidencia, ahora definitivo, del caudillo oriental Artigas, a la que no tardarán en sumarse las de otros jefes provinciales.

<sup>20</sup> Pezuela: op. cit., p. 192.



Batalla de Salta. ARG-12-06 (Salta)

el comandante Castro, al que vimos distinguirse en Vilcapugio, intenta sumarse a los rebeldes, amotinando previamente al primer regimiento de línea. La tentativa fracasa y Castro, hecho prisionero, será pasado por las armas.

Los sublevados en el sur del Perú, con escasas fuerzas organizadas, pero con el concurso de numerosos contingentes indígenas, ocupan enseguida La Paz y Arequipa, e incluso avanzan en dirección a Lima; ello obliga a los mandos virreinales, a organizar un cuerpo de operaciones bajo la jefatura del brigadier Ramírez, formado por unidades del ejército de vanguardia, que parte de Suipacha a principios de septiembre; a su vez Pezuela, renunciando a proseguir la campaña en el Tucumán, ya ha iniciado la retirada del grueso de sus fuerzas para desplegarlas en nuevas posiciones, ahora en Cotagaita, en la zona meridional del Alto Perú.

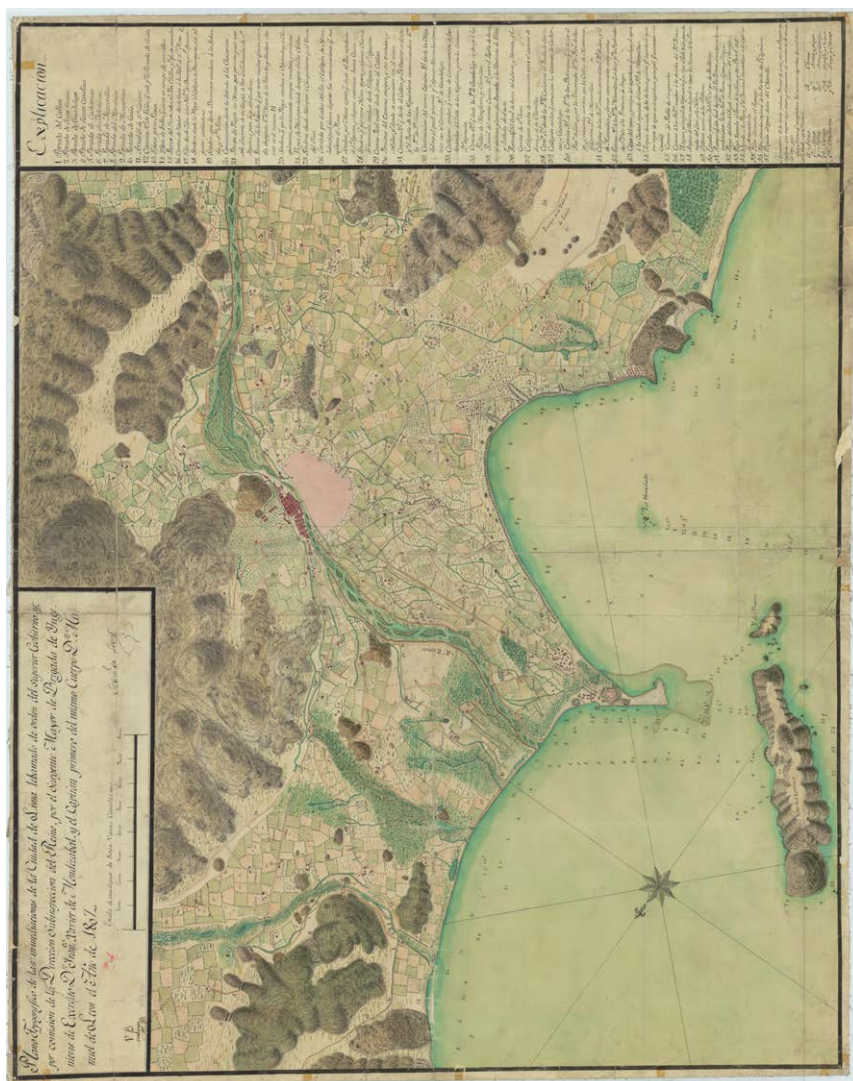
Para tomar parte en la reducción de la revuelta actúan en el sector norte algunas tropas de Lima, reunidas a toda prisa por Abascal entre las escasas reservas disponibles: fuerzas del regimiento de la Concordia, el recién creado –sobre algunos cuadros de la unidad peninsular de esa denominación– tercer batallón de Talavera, varias unidades de milicias provinciales y los restos del regimiento Real de Lima.

Las fuerzas de Ramírez, reforzadas por las enviadas por Abascal, no tardan en reducir a los alzados; el 2 de noviembre recuperan La Paz, el 11 de marzo siguiente derrotan al cacique –hasta entonces de historial decididamente realista– Pumacagua, que es ahorcado, y pocos días después ocupan el Cuzco<sup>21</sup>.

Sin embargo ello ha privado al general en jefe de ese importante contingente, en su mayor parte de tropas escogidas, lo que permite a las adversarias iniciar una nueva campaña de amplias proporciones en el Altiplano. Mandadas ahora por el general bonaerense Rondeau, que ha participado en la guerra en España con el general Blake y el marqués de la Romana, están formadas por unos 4.000 hombres en cinco batallones de infantería y dos regimientos de caballería –el de dragones y el nuevo de Granaderos a caballo, creado por San Martín–. Se trata de un contingente importante, sobre todo desde el punto de vista numérico; no tanto atendiendo a su nivel cualitativo.

Los bonaerenses inician su avance en enero, aunque experimentan un fracaso en el encuentro de El Tejar. En abril reanudan la marcha tras una acción en el Puesto del Marqués, donde derrotan a una formación de caballería realista. Las fuerzas de Pezuela en el sector de vanguardia, todavía

<sup>21</sup> ALCÓN, Juan José: *Diario de la expedición del brigadier Ramírez a las provincias de Cuzco y La Paz*. Lima, 1815.



*Plano topográfico de las inmediaciones de la ciudad de Lima, 1807. PER-02-06 (Lima)*

mergadas por la ausencia de las empleadas contra la revuelta del Cuzco, se retiran ante las insurgentes, que tras ocupar fácilmente Potosí y Chuquisaca, en septiembre están ante Oruro.

Por su parte los realistas reciben refuerzos: procedente de Chile, vía el puerto de Arica, llega una expedición al mando del coronel Maroto; figuran en ella fuerzas que han participado en la campaña contra la Patria Vieja, un batallón de Chiloé, el de cazadores de Chile y el peninsular II de la Victoria –mas conocido por su anterior denominación de Talavera<sup>22</sup>–, que están en el cuartel general de Pezuela en Challapata el 23 de julio. Días después lo hace gran parte de las fuerzas que al mando de Ramírez han dominado la insurrección del Cuzco. Se reúne así un contingente de importancia, en su casi totalidad formado por fuerzas veteranas, ahora ya sin milicias.

Aun así las fuerzas realistas no dejan de presentar serias carencias. Entre las de Ramírez, muy cansadas por las largas marchas, la reciente sublevación del Cuzco ha originado en muchos de sus componentes procedentes de esa región, de ancestral espíritu conservador, una negativa sensación de desconcierto. Las fuerzas montadas, cortas en número y, como casi siempre en este frente, con muy malas cabalgaduras, no pueden por supuesto compararse con las adversarias, formadas por combatientes tan habituados al caballo como los habitantes de las grandes llanuras australes.

En la infantería, debido a las bajas en acción y las numerosas deserciones, la mayor parte de los batallones estén muy por debajo de sus efectivos de plantilla; de hecho pocos de ellos cuentan con mas de trescientos combatientes efectivos.

En cambio las fuerzas de Pezuela, que se retiran a Sora –en las cercanías de Oruro–, gozan de varias ventajas importantes sobre sus adversarios; en primer lugar la situación de las bases principales de retaguardia, relativamente próximas; en su caso poco mas de doscientos kilómetros hasta la zona del Desaguadero, ya en el propiamente dicho virreinato peruano; y simétricamente la lejanía de las enemigas; las mas cercanas en Salta, y aún mas al sur, a cerca de mil kilómetros del área de operaciones.

Aún mas importante, las fuerzas rioplatenses acusan de forma creciente las consecuencias de las dificultades internas en que se encuentran las Provincias Unidas. En las semanas anteriores han protagonizado diversos

<sup>22</sup> Hasta la llegada de esa unidad, la totalidad de las fuerzas realistas que actúan en ese área bélica están formadas por personal autóctono. Incluso lo son muchos de sus mandos superiores, Goyeneche, Picoaga, Marquiegui, Álvarez –hermano de uno de los «directores» de Buenos Aires–, Lombera y los dos Tristán. Otros, como Olañeta o Quintanilla –o Boves en otra zona–, son españoles establecidos desde largo tiempo en aquellas tierras y virtualmente asimilados a los criollos.

plantes y motines, y entre ellas se desarrolla una generalizada situación de descontento que no tardará en traducirse en su participación en las sucesivas revueltas y movimientos revolucionarios que pocos meses más tarde terminarán con las posibilidades operativas de Buenos Aires como poder beligerante durante un largo periodo. El número de desertores entre muchos de sus componentes es cada vez mayor y ahora alcanza incluso a los de los batallones de Castas, formados por negros y mulatos libertos que en las primeras etapas de la contienda se distinguieron por su adhesión a la causa de los insurgentes.

Por otra parte el nuevo jefe Rondeau –que precisamente ha sustituido a Alvear a consecuencia de uno de aquellos amotinamientos–, no reúne las cualidades y la energía (ahora especialmente indispensable por las circunstancias aludidas) de sus predecesores Belgrano y, por supuesto, San Martín. El general e historiador argentino Mitre no vacila en calificar a sus fuerzas como «un ejército desmoralizado, sin mando ni nervio».

El 20 de octubre tiene lugar la acción de «Vuelta y Media» en la que 350 hombres del batallón de cazadores y un contingente de 200 dragones, se enfrentan a 900 realistas, en dos batallones, mandados por Olañeta y Valdés «el barbarucho», y el escuadrón de caballería de Marquiegui, que llevan la mejor parte. Las pérdidas de los vencidos son cuantiosas; 150 muertos y otros tantos prisioneros, contra unas cuarenta bajas definitivas realistas.

Rondeau, por su parte, ha sumado en Challanta a sus fuerzas dos batallones, con 400 hombres cada uno, del nuevo regimiento 12 de infantería. Pocos días más tarde se pone en marcha hacia Cochabamba, a unos 120 kilómetros, donde espera la llegada de un refuerzo, el 10 regimiento de infantería y una unidad de dragones, que partió de Buenos Aires mandado por el coronel French. A su vez Pezuela avanza rápidamente para interponerse en la marcha de sus adversarios, dándoles alcance en la pampa de Sipe-Sipe –nombre de un riachuelo y de una pequeña población allí existentes, a tres leguas de aquella ciudad–, dominada por la sierra de Viluma, a la cual llega el 26 de noviembre.

Nuevamente tiene lugar una situación similar a la producida en los otros dos encuentros protagonizados por este jefe: el arriesgado descenso de sus fuerzas desde el abrupto macizo montañoso para alcanzar el campo de batalla, y la actitud pasiva de los insurgentes, que han tomado posiciones sobre unas alturas, en buena situación defensiva para interceptar la que consideran única ruta posible. En el sector derecho pueden aprovechar para su defensa unas huertas y pequeñas edificaciones allí existentes, así como el cauce de un río con escaso caudal<sup>23</sup>.

<sup>23</sup> SHM (Cartoteca) planos de las batallas de Salta (13629), Tucumán (13625), Ayohuma (13626) y Viluma (13630); publicadas en E. Bidondo Coronel Guillermo de Marquiegui, Madrid 1982.

Sin embargo, los realistas descienden sobre la pampa por la cuesta de Viluma, que sus adversarios han juzgado impracticable, y el 29 va a tener lugar el combate, tras una maniobra análoga a la que Pezuela efectuara con tanto éxito en Ayohuma, avanzando sobre el ala derecha del ejército enemigo. Aquí también éste se ve obligado a efectuar un precipitado cambio de posición; ahora las mencionadas elevaciones del terreno quedan perpendiculares a su línea, lo que dificulta la coordinación de ambas alas; aunque ofrecen una buena posición para emplazar dos de las piezas de la artillería.<sup>24</sup>

El despliegue de las fuerzas realistas, que adoptan al llegar al alcance de los fusiles adversarios, es la siguiente: en el ala derecha, al mando del brigadier Ramírez, el primer regimiento del Cuzco, el batallón de Castro, el de Partidarios, y un escuadrón desmontado, con una batería de ocho cañones. En el centro forman el batallón del general y seis piezas; y en el ala izquierda el segundo regimiento de línea, el batallón de Fernando VII, y el de Cazadores. En la reserva el batallón de granaderos y el escuadrón de honor. De caballería, los escuadrones de San Carlos, Cochabamba y primero de cazadores se sitúan en el ala derecha, y el segundo de cazadores en la izquierda.

En el dispositivo inicial, el adversario formaba en el extremo derecho un batallón del regimiento 9, e inmediatamente a su izquierda uno del primero; pero el comandante de este, Forest lo hace maniobrar para ocupar el puesto de honor al dirigirse a la nueva posición, intercambiándola con aquel.

La batalla propiamente dicha, que historiadores como Mitre consideran resuelta de antemano, será breve. Tras un intercambio artillero, un ataque de las fuerzas realistas sobre el ala derecha enemiga obliga a replegarse a los mencionados batallones 1 y 9; este último lo hace inicialmente en forma ordenada e incluso en algún momento «vuelve caras» para hacer frente al enemigo, pero es arrastrado por las fuerzas del primero que se desbandan enseguida. A ello sigue un avance de las fuerzas realistas en toda la línea y el resto de la infantería bonaerense no tarda en retirarse en desorden.

La batalla está ya prácticamente decidida; sin embargo la caballería bonaerense va a mostrar nuevamente su calidad combativa: los granaderos a caballo mandados por Rojas y Necochea, protagonizan una carga que dispersa a la caballería enemiga, que se ve obligada a replegarse tras las formaciones de infantería; y también en el ala opuesta los Dragones de la Patria cargan decididamente, aunque no con el mismo éxito debido a una circunstancia fortuita como la pérdida del control de su caballo por su jefe Balcarce.

<sup>24</sup> Ver, *Gaceta del gobierno de Lima*, 13 de enero de 1816, donde se publica un relato «oficial» del encuentro.

Desde el punto de vista cuantitativo la derrota ha sido la mas importante de los ejércitos bonaerenses en estas fases de la contienda. Sus pérdidas ascienden a 1.500 muertos y heridos; una bandera y nueve piezas de artillería caen en poder de sus adversarios. Las bajas realistas, proporcionalmente muy cortas, son según fuentes de ese bando, que Mitre considera verídicas, 32 muertos y 198 heridos; probablemente muchas de ellas se debieron a la acción de la artillería enemiga, que combatió valerosamente<sup>25</sup>.

El resultado de la batalla fue objeto de grandes celebraciones en España, e incluso en los demás estados de la Santa Alianza; hiperbólicamente Mitre las considera como las mayores desde la victoria de San Quintín; posteriormente el general en jefe del ejército vencedor recibirá el título de marqués con esa denominación<sup>26</sup>.

La persecución de los vencidos por los realistas es breve, y no se prolonga mas de quince kilómetros, debido sobre todo a la inferioridad de su caballería; pero el desastre del ejército enemigo ha sido completo y sus componentes se retiran en completa dispersión. Hasta que llegan a Potosí algunos de los jefes no toman las primeras medidas para la reunión de los fugitivos. Pocos días después las fuerzas realistas ocupan esa ciudad y Cochabamba, mientras Rondeau se ve en la necesidad de retirarse en difíciles condiciones hasta Tupiza; en las semanas siguientes tienen lugar varios encuentros menores, casi todos desfavorables los independentistas que prosiguen su retirada hasta Humahuaca, mas allá del límite sur del Altiplano, donde se les incorporan las fuerzas de la división French.

Otros contingentes, sobre todo irregulares altoperuanos, se dirigen a la capital oriental de Santa Cruz de la Sierra, en cuya zona se sostendrán algún tiempo.

Por su parte las fuerzas de Pezuela avanzan nuevamente hacia el Sur, alcanzando los límites entre el Altiplano y las provincias norteñas de la naciente Confederación Argentina. Aunque ahora la acción de numerosos contingentes irregulares altoperuanos, las denominadas «republicuetas», crean una difícil situación en su retaguardia, que será necesario dominar mediante una dura campaña a lo largo de muchos meses. Por ello el frente de vanguardia termina estabilizándose en ese área<sup>27</sup>.

<sup>25</sup> Usualmente los americanos denominaron Sipe-Sipe a esta batalla, Viluma para sus adversarios. Ya en 1811 Goyeneche había obtenido una victoria sobre los insurrectos de Cochabamba mandados por Díaz Vélez, a pocos kilómetros al este del campo de batalla.

<sup>26</sup> ABASCAL, J.: *Memoria de gobierno*. Sevilla, 1943, p. 540; entre las bajas enemigas contabiliza 400 prisioneros suplementarios.

<sup>27</sup> Prácticamente permanente hasta el final del conflicto en 1825 a excepción de los –relativamente cortos– periodos en que se llevan a cabo ofensivas contra el territorio enemigo; casi siempre de menos alcance que las anteriores; las realistas no suelen profundizar al Sur de Salta y las de sus adversarios son aún mas limitadas.





Plano de la Batalla de Viluma. BOL-01-03 (Viluma)

No tardará en producirse el nombramiento de Pezuela, que ha sido ascendido a teniente general, como virrey del Perú, donde va a suceder al anciano Abascal. Designación que se debe en gran parte a sus éxitos en las campañas anteriores, ya que «parece poseer el secreto de la victoria contra las fuerzas de Buenos Aires», las principales insurgentes en la esfera de actuación del virreinato de Lima. E incluso prácticamente las únicas dignas de tal nombre en toda América en estos momentos de principios de 1816, en que han sido reducidas las de Chile, se ven limitadas en Méjico a una decreciente acción de guerrillas, las de Bolívar han sido concluyentemente vencidas por Boves, y las de Nueva Granada lo van a ser con toda probabilidad por Morillo en un plazo de pocas semanas.

El decreto, expedido en octubre de 1815 llega a Lima a principios de marzo siguiente; y en abril al puesto de mando de Pezuela en Cotagaita. El nuevo virrey se dirige a la capital del virreinato atravesando sus provincias interiores, donde inspecciona las fuerzas militares allí destacadas y dispone la organización de varias unidades. El 7 de julio toma en Lima posesión de su puesto<sup>28</sup>, desde el que deberá ahora dirigir, en otro nivel operativo, las campañas de las fuerzas realistas en ese hemisferio durante los años siguientes<sup>29</sup>.

### *LA CONTIENDA DESDE LA PLAZA DE ARMAS*

Al partir Pezuela para tomar el mando en Lima se ha hecho cargo interinamente de la jefatura del ejército de vanguardia el brigadier Ramírez, en espera del general designado directamente por Madrid para desempeñar dicho cargo. Se trata del mariscal de campo José de la Serna<sup>30</sup>, del que se espera obtendrá grandes éxitos en las campañas en curso debido a su notable historial bélico

<sup>28</sup> «La sustitución de Abascal», en *BN* ms 20054; entre otros aspectos se alude a la conducta poco cortés de Pezuela con el virrey saliente, incluyendo algunas mezquindades atribuidas a la esposa de su sucesor. También en la Memoria de gobierno, del propio Pezuela, Sevilla 1947, pp. 15-18; aquí, en cambio, Pezuela menciona una actitud poco «cooperativa» de Abascal.

<sup>29</sup> Aspectos económicos del virreinato, ingresos, gastos, sueldos, pagas de la tropa, etc. En PEZUELA: Memoria de gobierno, pp. 33-75.

<sup>30</sup> José de la Serna 1769-1832. Tras una distinguida actuación en la defensa de Zaragoza, durante la guerra contra la invasión napoleónica, es enviado al Perú para tomar el mando del ejército de línea, desplegado frente a las Provincias Unidas. Los años siguientes dirige sus operaciones, entre ellas una expedición al Tucumán en 1817. Cesa en su mando debido a discrepancias con Pezuela, aunque este le designa segundo jefe de las fuerzas reales. Con el pronunciamiento de Aznapuquio asume la titularidad del virreinato y dirige a nivel estratégico las campañas posteriores. Tras la capitulación de Ayacucho regresa a España, donde recibe el título de conde de los Andes.



***Joaquín de la Pezuela (Academia de Artillería, ETE10-15518)***

Pezuela en cambio se mostrará –como mínimo– reticente ante ese nombramiento y sus relaciones con el que va a ser jefe de su ejército de campaña nunca serán siquiera cordiales y llegarán a un final abrupto en febrero de 1821.

En esos momentos el planteamiento general de la contienda es relativamente favorable para las armas realistas; reducida la rebelión en el sector Norte, con la reconquista de Nueva Granada por el general Morillo (en la que participan fuerzas de Lima y contingentes de la región de Pasto), y ocupado Chile tras la victoria de Rancagua en octubre de 1814; mientras se suceden éxitos –todavía no definitivos– contra las «republicuetas» en el Altiplano.

Sin embargo la situación experimenta un cambio importante a principios de 1817. El denominado Ejército Unido, al mando de San Martín, cruza los Andes en una bien planeada operación, derrota a las fuerzas realistas en Chacabuco y se apodera del norte de Chile, con Santiago y Valparaíso.

Dos disyuntivas estratégicas preferentes se ofrecen al virrey. Una, defendida por diversos mandos en Lima (y a posteriori), actuar con fuerzas importantes –entre ellas los primeros contingentes llegados de España – en el frente del Alto Perú y avanzar sobre Córdoba y Mendoza. La operación ofrece diversos aspectos potencialmente favorables; y en caso de tener éxito, sin mencionar la amenaza que se concretaría sobre la metrópoli rebelde, el principal ejército de San Martín quedaría aislado al Oeste de la Cordillera, en una difícilísima situación.

La otra opción principal es enviar un refuerzo importante al Sur de Chile, donde los realistas al mando del brigadier Ordóñez<sup>31</sup> se sostienen en la plaza de Talcahuano, y avanzar sobre las provincias septentrionales ocupadas por los insurgentes.

Tras sopesar los pros y contras de ambas alternativas se eligió esta última y el 9 de diciembre parte de Lima la expedición de reconquista. El contingente, formado por tres bien completados y equipados batallones, mandado por el brigadier Osorio<sup>32</sup> desembarca en Talcahuano, donde se le

<sup>31</sup> José Ordóñez, 1789-1819. Enviado a Chile tras su participación en la contienda en España, participa en la campaña de Osorio y es hecho prisionero en Maipú. Enviado a San Luis, será una de las víctimas de la matanza de oficiales realistas instigada por el dirigente Monteagudo (poco después ministro universal de San Martín en Lima) en febrero de 1819.

<sup>32</sup> Mariano Osorio, 1772-1820. Natural de Sevilla, interviene en la guerra en la Península y enviado al Perú dirige la campaña final contra la «Patria vieja». Tras contraer matrimonio con una de las hijas de Pezuela, ejerce el mando de la expedición de reconquista de Chile, siendo vencido en el Maipú. Fallece víctima de una epidemia durante el viaje de regreso a España.

agregan algunas fuerzas de las allí destacadas, avanza decididamente hacia el Norte, obteniendo varios éxitos, y uno de importancia en Cancharrayada, aproximándose a Santiago; el 5 de abril enfrenta al grueso de las fuerzas enemigas junto al río Maipú, donde tiene lugar una de las batallas decisivas de la contienda americana.

Tras una lucha encarnizada la derrota realista es completa, aunque San Martín no sabrá explotar el éxito de forma inmediata, lo que permite la retirada de los restos de las fuerzas virreinales<sup>33</sup>. Osorio, evaluada la situación, renuncia a proseguir una campaña regular y regresa a Lima con algunas fuerzas, dejando al mando en Chile al coronel Sánchez.

Ello no va a suponer el final de la lucha en la capitania general, las fuerzas virreinales no renuncian a su prosecución; durante meses se sostendrán las capitales meridionales de Concepción y Valdivia y los realistas locales, con jefes como el citado Sánchez hasta finales de 1819 y sus sucesores Benavides, Pico y Senosiain, apoyados por indígenas hasta ahora semi independientes, plantearán una extensiva campaña de guerrillas contra los insurgentes de Santiago, que se prolongará hasta años después de la finalización de la lucha regular en el Continente

El siguiente contratiempo para el bando realista es la progresiva concreción de una parte esencial del plan de operaciones del caudillo bonaerense: los poderes insurgentes emprenden activamente la campaña para obtener la superioridad naval. Adquieren en Inglaterra la fragata *Windham* —que pasa a denominarse *Lautaro*— y poco después una corbeta, un bergantín y un navío de 64 cañones, a los que pronto se suma un bergantín capturado al enemigo, a los que se bautiza respectivamente como *Chacabuco*, *Araucano*, *San Martín* y *Pueyrredón*.

Se van a beneficiar de un serio fracaso enemigo. En una expedición de refuerzo al Perú, —el regimiento de Cantabria y un escuadrón de cazadores-dragones, un total de 2.000 hombres, escoltados por la fragata «*María Isabel*»—, tiene lugar una rebelión en uno de los transportes; los amotinados, tras asesinar a varios oficiales, ponen rumbo a Buenos Aires, donde entregan los datos sobre rutas y puntos de recalada, rápidamente transmitidos a San Martín.

Ello permite a la flota insurgente capturar la «*María Isabel*» y, posteriormente, cinco de los transportes. Cuatro de estos pueden llegar a Talcahuano, con medio millar de hombres a los que Sánchez retiene. Sólo uno de los transportes llegará al Callao, con 200 hombres; los únicos que recibe Pezuela de la expedición.

<sup>33</sup> La noticia en Lima, donde llega el 21 de abril trasladada por un buque norteamericano, en PEZUELA, *op.cit.*, pp. 247 y sigs.

Poco después asume el mando de la creciente flota insurgente lord Cochrane<sup>34</sup>, marino inglés expulsado de la Armada –y del Parlamento– de su país por su implicación en negocios fraudulentos. Enseguida inicia una activa campaña realizando incursiones ante El Callao y otros puntos del litoral<sup>35</sup>.

Otra dificultad para el bando realista es la aparición en esta etapa –a diferencia de la anterior– de alguna actividad guerrillera de carácter o pretexto independentista, todavía de no excesiva importancia, en diversas zonas del virreinato. Incluso se detecta un proyecto de secuestro de Pezuela.

Dada la situación a que se enfrenta, el virrey acude al expediente de adquirir directamente cargamentos de armas, municiones, pólvora en los Estados Unidos, normalmente en lo que denomina «precio cómodo» y pagándolo en parte con permisos para comerciar en diversos puertos del virreinato.

En cualquier caso, y durante unos meses, los planes estratégicos de San Martín se van a ver coartados por la amenaza que representa la «Expedición Pacificadora» que con proclamado destino a Buenos Aires, se prepara en Cádiz al mando del conde de La Bisbal –posteriormente del general Calleja, años antes virrey de Méjico–<sup>36</sup>.

Por ello, los éxitos o fracasos locales de ambos bandos van a tener una importancia menor, al lado de lo que va a representar el triunfo en la metrópoli de la revolución de Riego.

Ello se traduce en la finalización de la situación estratégica mencionada, al desaparecer uno de sus elementos principales, la inminencia de la expedición española. El caudillo bonaerense puede ahora concretar su tanto tiempo acariciado proyecto, la «Libertadora» con destino al Perú.

Que efectivamente parte en septiembre de 1820, a bordo de catorce transportes y escoltada por el navío San Martín, dos fragatas y cinco unidades menores; tras una travesía sin mayores incidentes desembarca junto a Pisco, al sur de Lima. Plaza que Cochrane continúa bloqueando intermitentemente; si bien poco después pierde por accidente el San Martín.

<sup>34</sup> Thomas Cochrane, conde de Dundonald 1775-1860. Marino, se comporta con distinción, entre otras campañas navales, en la contienda en la Península. Tras abandonar la Navy marcha a América. Por discrepancias con los jefes independentistas –que le acusan de actuar preferentemente en su propio provecho– deja su servicio y pasa al de los rebeldes del Brasil contra Portugal. Más tarde ejercerá un mando de la escuadra de los rebeldes de Grecia.

<sup>35</sup> Una versión romántica de las campañas de este jefe naval en R. COX BALMACEDA, *La gesta de Cochrane*, Buenos Aires 1976.

<sup>36</sup> En estos momentos la flota rebelde está formada por el navío San Martín, las fragatas Lautaro y O'Higgins (ex María Isabel), cuatro bergantines (pronto cinco, con el Potrillo, capturado al enemigo) y una corbeta, la Chacabuco.

A finales de septiembre las fuerzas expedicionarias se encuentran ya en territorio peruano. Forman en ellas unos 4.500 hombres, en tres batallones del «Ejército de los Andes» de San Martín y otros tres de Chile, con tres escuadrones de caballería –dos de procedencia rioplatense y uno chileno–.

Enseguida dan comienzo a sus operaciones, de una manera activa que contrasta con la pasividad de las fuerzas enemigas, en ese momento superiores en número.

En los días en que se esperaba el desembarco insurgente el virrey disponía de un ejército importante, unos 23.000 hombres; sin embargo la superioridad naval enemiga le obliga a dividir sus fuerzas para atender a los posibles puntos de desembarco, además de los frentes entre el Alto Perú y las Provincias Unidas, –ahora muy poco activos–.

Para ello ha constituido cuatro agrupaciones: Norte, con cabecera en Guayaquil y formada por el denominado batallón de Granaderos –creado en Cuzco, y llegado recientemente a aquella plaza– y milicias locales; así como las pequeñas guarniciones de Piura y Trujillo.

Al mando del propio Pezuela, con el ahora teniente general La Serna como segundo en el mando, y con base en la capital, se encuentra la agrupación más nutrida, con nueve batallones de infantería y unos mil hombres de caballería, además de artillería, ingenieros, cuatro batallones de milicia, y alguna unidad o fracción menor de esta categoría.

En Arequipa radica el Ejército de Reserva, destinado a la protección del Sur del Perú desde los momentos en que se hizo posible la expedición independentista, es decir a raíz de la derrota de Maipú. En este momento está formado por cinco batallones de infantería, caballería con unos 800 hombres y milicias en menor número. Unidades desplegadas desde la costa en Arica y Quilca, hasta el interior, con un contingente de importancia en Puno, que podría de ser necesario desplegarse en el Alto Perú. El jefe del ejército de Arequipa es el coronel Ricafort que ha dirigido su organización desde 1818.

Por último figura la agrupación del Alto Perú, al mando de Olañeta<sup>37</sup>, ahora debilitada por la retirada de fuerzas enviadas a reforzar los contingentes del Perú. Forman parte de ella unos 5 ó 6.000 hombres –las unidades operativas son seis batallones y cuatro escuadrones–, desplegados en el frente, en ocasiones activo, situado en los confines con las Provincias Unidas, así como en puntos del Altiplano como reserva y para el mantenimiento del orden en la retaguardia.

<sup>37</sup> Pedro Antonio de Olañeta, 1762-1825. Guipuzcoano establecido en Salta, se suma a las fuerzas realistas en los primeros tiempos de la revolución y se distingue en las campañas del Alto Perú. Tras la destitución de Pezuela ejerce de hecho el mando supremo en aquellos territorios, donde se sostiene tras la capitulación de Ayacucho. Muere en combate contra los amotinados en una de sus unidades.

La flota del virreinato está formada por tres fragatas, tres corbetas y cuatro bergantines como unidades principales, que patrullan la costa y combaten a los corsarios enemigos, aunque no efectuarán tentativa alguna contra la «expedición libertadora».

Son pues fuerzas importantes pero no tanto como para combatir con decisiva eficacia al grueso de las enemigas, que pueden desembarcar fácilmente en cualquier punto de su elección, obteniendo, al menos temporalmente, la superioridad local correspondiente

A ello hay que añadir las dificultades de orden interno en el territorio, y las disidencias en el seno del propio bando realista, derivadas de la nueva situación política

Debido a todo ello las fuerzas virreinales dan muestra de una acusada pasividad y falta de reflejos. Y en las semanas siguientes una sucesión de contratiempos y pequeños desastres se abate sobre ellas.

Columnas móviles enemigas llevan a cabo varias incursiones por la zona de la Sierra, derrotando a sus oponentes, mientras su ejército principal consolida sus posiciones de la costa.

Además, en esas semanas pasan a la disidencia las provincias del Norte —y las fuerzas situadas en ellas— con Trujillo como ciudad principal. Con ello se pierde el contacto terrestre con las zonas todavía realistas de la Audiencia de Quito y el Meridión neogranadino, donde a pesar de la derrota de Boyacá frente a Bolívar un año antes, las fuerzas reales han logrado una apreciable recuperación desde sus bases de Pasto y Popayán.

Poco después, en diciembre, Guayaquil se suma al bando rebelde, privando a la Armada del único arsenal disponible en el Pacífico

Por si fuera poco, el batallón de infantería de Numancia, enviado por Morillo desde Venezuela, pasa a los independentistas con casi todos sus efectivos.

Por su parte Cochrane prosigue su campaña de bloqueo y se apodera en el mismo puerto de El Callao, por un audaz golpe de mano, de la fragata «Esmeralda». Ello ejerce el correspondiente efecto moral, que se agrega a los claros síntomas del cambio en la postura política predominante; muchos de los hasta ahora decididos realistas aparecen cada vez más desmoralizados y desmotivados.

En obligada consecuencia se extiende entre sus mandos una creciente actitud de oposición al virrey, al que se acusa de falta de iniciativa frente a las fuerzas enemigas. Y pocas semanas después, en enero de 1821, tiene lugar el que será conocido como «pronunciamiento de Aznapuquio», protagonizado por parte de los principales jefes de su ejército: La Serna, Valdés, García Camba, Canterac, Ferraz... Imposibilitado de ofrecer resistencia, el virrey es depuesto y poco más tarde enviado a España.



A posteriori, se buscarán justificaciones y explicaciones a dicha acción por los que en ella intervienen en cualquiera de sus lados.

Una motivación, evidente, es la ideología liberal de los pronunciados contra la –muy moderada–, adhesión al absolutismo de Pezuela. Pero la razón o excusa que esgrimen los pronunciados es más de tipo militar –Valdés, por ejemplo, rechaza de plano la existencia de un grupo de mandos especialmente constitucionalistas– acusando, probablemente con alguna razón, de pasividad e inactividad a su jefe, frente a las fuerzas de San Martín<sup>38</sup>.

Reemplazado el virrey por su segundo en el mando, el ahora teniente general de la Serna, corresponderá a éste dirigir las últimas fases de la campaña; que tras diversas alternativas, tanto militares –abandono de Lima en junio de 1821, recuperación de El Callao en enero de 1824, victorias realistas de Torata, Moquegua y Zepita– como políticas (crisis en el bando independentista en 1823, pronunciamiento de Olañeta contra los mandos virreinales en 1824) finaliza ese mismo año con las derrotas del ejército de línea en Junín y Ayacucho.

---

<sup>38</sup> Ya en noviembre de 1820 se aprecian los vientos de Fronda contra el virrey. Ver *Memo-ria*, pp. 796 y sigs.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABASCAL: *Memoria de gobierno*. Edición a cargo de V. Rodríguez Casado. Sevilla, 1944.
- AMUNATEGUI, M.: *La reconquista de Chile*. Madrid, s.a.
- AMUNATEGUI, D.: *La revolución de la independencia*. Santiago, 1945.
- ANNA, T.: *The fall of the royal government in Peru*. Lincoln, 1979.
- ARZE AGUIRRE, R.: *Participación popular en la independencia de Bolivia*. La Paz, 1979.
- BEALER, Winkler: *Corsarios de Buenos Aires*. Buenos Aires, 1937.
- BIDONDO, E.A.: *La expedición de auxilio a las provincias interiores*. Buenos Aires, 1987.
- : *Coronel Guillermo de Marquiegui*. Madrid, 1982.
- BONILLA, M.E.: *La batalla de Zepita*. Lima, 1923.
- BORRERO, A.M.: *Ayacucho*. Cuenca (Ecuador), 1974.
- BULNES, G.: *Historia de la expedición libertadora al Perú*. Santiago, 1887.
- : *Últimas campañas de la independencia del Perú*. Santiago, 1897.
- CAILLET-BOIS, T.: *Historia naval argentina*. Buenos Aires, 1944.
- CAMPBELL, L.G.: *The military and society in colonial Peru*. Filadelfia, 1978.
- CAMPOS Harriet. *Los defensores del Rey*. Santiago, 1958.
- COFFIN, J.E.: *Diario de un joven norteamericano*. Buenos Aires, 1968.
- DESTRUGGE, C.: *Historia de la Revolución de Octubre y la campaña libertadora*. Guayaquil, 1982.
- DÍAZ, F.J.: *La batalla de Maipú*. Santiago, 1946.
- DÍAZ VENTEO, F.: *Campañas del virrey Abascal*. Sevilla, 1948.
- ESPEJO, G.: *El paso de los Andes*. Buenos Aires, 1953.
- FERNÁNDEZ DURO, C.: *La armada española*. Madrid, 1973, volumen IX (reed.)
- GARCÍA CAMBA, A.: *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú*. Madrid, 1916 (existen otras varias ediciones).
- GARCÍA RIVERA, F.: *Emancipación de la América española*. Barcelona, 1942.
- HERREROS DE TEJADA, L.: *El teniente general Jose Manuel de Goyeneche*. Barcelona, 1923.
- LARA, A.: *La batalla de Chacabuco*. Santiago, 1918.
- MITRE, B.: *Historia de Belgrano*. Varias ediciones e/o. Buenos Aires, 1945.
- : *Historia de San Martín*. Varias ediciones e/o. Buenos Aires, 1946.
- MORAL MARTÍN, V.: «Últimos años del ejército español en el Perú», en *Revista de Historia Militar*, núms. 33-35. Madrid, 1973.

- PAZ, José María: *Memorias*. Madrid, 1917.
- RODIL, J.R.: *Memoria del sitio de El Callao*. Sevilla.
- SUÁREZ, M.: *Atlas de historia militar argentina*. Buenos Aires, 1974.
- VERGARA ARIAS, G.: *Montoneras y guerrillas en la emancipación del Perú*. Lima, 1973.
- VICUÑA MACKENNA, B.: *La guerra a muerte*. Santiago de Chile, 1868.
- VOWELL R. longeville. *Campañas y cruceros en el océano Pacífico*. Buenos Aires, 1968.